

CAZADORAS

ARCHIVO CRIMINAL

Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin el previo permiso escrito del editor. Todos los derechos reservados.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

© 2025, Andrea Hartung

Derechos exclusivos de edición:

© 2025, Editorial Planeta Chilena S.A.

Avda. Andrés Bello 2115, 8.º piso,
Providencia, Santiago de Chile

1ª edición: mayo de 2025

Diseño de portada: Isabel de la Fuente

Diagramación: Ricardo Alarcón Klaussen

ISBN: 978-956-408-737-5

RPI: 2025-A-1912

Impreso en: CyC Impresores Ltda

ANDREA HARTUNG

CAZADORAS

ARCHIVO CRIMINAL

Historias de mujeres
despiadadas

ADVERTENCIA

Las historias vertidas en las siguientes páginas son reales. Se relatan asesinatos, secuestros y obsesiones que involucran a personas que viven o vivieron. Esto podría afectar negativamente a los más sensibles y a menores de edad. Si decides leer este libro —y espero que así sea— se recomienda discreción.

La autora

You might sleep but you will never dream
Suffer little children, THE SMITHS

ÍNDICE

1. Presas y cazadoras	12
2. La vida en la cárcel	28
3. La barbie asesina	44
4. You might sleep but you will never dream	60
5. Enemigas íntimas	76
6. El pabellón	92
7. Katty Hurtado	122
8. Gertrude	138
9. Érase una vez un homicidio	152
10. Metamorfosis	168

1.

PRESAS Y CAZADORAS

Crecimos con la sensación de ser la presa y nunca las cazadoras. Las abusadas, pero jamás abusadoras. Las víctimas, pero no las victimarias. Nos dieron la misión de resguardarnos. De casarnos con alguien que nos protegiera y de escoger una carrera que nos diera el sustento suficiente, en caso de que algún día necesitáramos escapar y valernos por nosotras mismas. Porque los que se supone que nos iban a cuidar, resultaron ser, en muchos casos, los mismos que se convirtieron en nuestros atacantes. Nacimos, crecimos y vivimos jugando a la defensiva. Atentas a cualquier ataque, no solo físico, sino que a cualquier ataque de la vida misma: a quedar embarazadas, a quedarnos solas, a nunca ser elegidas.

Pero hay algunas que toman caminos distintos: hay mujeres que ante el peligro inminente atacan para salvar sus vidas. Otras, que se mueven con la misma frialdad que los depredadores, y a las que no les tiembla la mano a la hora de atacar.

La historia ha silenciado la naturaleza cruel que podemos tener las mujeres. Cuando hablamos de mujeres crueles o asesinas, las convertimos en brujas, como si no estuviera en nuestra naturaleza simplemente hacer daño. Catalina de los Ríos y Lisperguer fue acusada por su tía de envenenar a su padre cuando estaba enfermo. También del homicidio de un caballero de la Orden de Malta, pero uno de sus esclavos finalmente pagó por ese crimen.

Era una mujer culta, letrada, poderosa y, por sobre todo, cruel. Sus sirvientes muchas veces morían bajo sus latigazos y sádicos castigos. De acuerdo con el libro *Los Lisperguer y la Quintrala*, publicado por Benjamín Vicuña Mackenna en 1877, se comentaba que Catalina llegaba a los extremos de cortarles la lengua a sus sirvientes hombres, mientras que a las mujeres les cortaba los pechos. Que a un amante le cortó la oreja y que apuñaló a un cura.

Vale decir que las descripciones de Vicuña Mackenna fueron cuestionadas más tarde por escritores e historiadores, quienes lo acusan de ingenuidad y de haberse basado en las

habladurías populares y en los rumores del campo y la Iglesia a la hora de describir a la aristócrata.

Desde su juventud Catalina generó comentarios. De acuerdo al escritor Jaime Riera Rehren, en su texto *Poder y hechicería. Notas sobre la figura de Catalina de los Ríos y Lisperguer*, «desde muy joven, la existencia de Catalina revela un drama doméstico». Esto, porque rechazó la autoridad de su padre, en favor de amistades con indígenas y criollos de menor estampa. La crio su nana, una mujer indígena que le enseñó de sahumeros y preparaciones herbales. Se casó por interés y nunca hizo reverencia ante un hombre.

La intentaron llevar a la cárcel, pero en los mil seiscientos poca justicia podría haber para patrones que abusaran de esclavos, y sus redes de poder y dinero llegaban lejos, por lo que murió impune. Pero en su alma pesaba la maldad. Dejó todos sus bienes —salvo dos mil pesos para su sobrina Francisca Flores y mil pesos para su prima monja—, en favor de su propia alma, y así, cuando murió se dieron más de mil misas en su nombre. No es una exageración, de hecho, el testamento es uno de los pocos documentos

coloniales que se mantienen resguardados en el Archivo Nacional.

Y dice claramente: «Mando se me digan mil misas rezadas en el convento de San Agustín de esta ciudad por los religiosos de él». Pide que se paguen las deudas que tiene con otros y que se cobren todos los préstamos que hizo en vida. Y manda que con la renta de sus propiedades se recen perpetuamente «150 misas rezadas y siete cantadas» en una decena de festividades.

Y, por supuesto, está aquella petición relacionada con el Cristo de Mayo, que daría paso a una leyenda. Mandó a que se invirtieran seis mil pesos para que con su renta se celebre la fiesta de San Agustín del 11 de octubre y la fiesta de Cristo que se celebra el 13 de mayo de cada año.

Chile colonial no era un semillero de mujeres crueles, homicidas y torturadoras; sino que de devotas a la Iglesia y a sus maridos. Y Catalina de los Ríos y Lisperguer era una hacendada, una aristócrata hermosa, de cabellos rojos que le ganaron el nombre de Quintrala porque simulaban la flor del quintral, una planta parásita con propiedades medicinales.

Tenía, entonces, que haber algo más. Y en la época colonial, ese algo más tenía cachos y cola afilada. Se comentaba que el verdadero amor de Catalina era un sacerdote peruano, el fray Pedro de Figueroa, de la orden de San Agustín y el hombre detrás del Cristo de Mayo. Sobre el Cristo, se dijo que una vez volteó la cabeza para verla azotar a un esclavo. Y, por supuesto, también se decía que Catalina coqueteaba con la magia mapuche, era cercana con las machis y tenía mucho interés por lo esotérico.

Todo lo que se sabe sobre Catalina de los Ríos y Lisperguer es contradictorio. Una mujer que mandó a rezar mil misas por su alma, que se codeaba con sirvientas y con indígenas, pero que al mismo tiempo mostraba una crueldad inédita —para una mujer— con sus esclavos.

Ante todo, era una mujer que no obedecía a los cánones femeninos de esa época ni de la de ahora. Porque ojo, que a los terratenientes masculinos no les temblaban las manos a la hora de levantar el látigo frente a un esclavo y no se habla de ellos de la misma forma en la que la historia se refiere a las malas mujeres. Cuando no podemos explicar aquello que no

entendemos, así como los griegos dijeron que Zeus nos enviaba truenos, los chilenos decidimos que la Quintrala era una bruja porque era una mujer que nadie identificaría como presa, pero sí como cazadora.

Cuarenta y cuatro años antes del nacimiento de Catalina, nacía en Hungría Elizabeth Báthory.

Al igual que con Catalina, se tiende a creer que existe algo de exageración y mito en torno a la historia de Elizabeth. No por nada es conocida como «La condesa sangrienta». Si todo lo que se ha escrito sobre ella es cierto, sería una de las primeras asesinas seriales de la historia en actuar sin la colaboración de un hombre. Se le acusa de matar a casi mil mujeres jóvenes, bajo la creencia de que si se bañaba con su sangre recibiría la eterna juventud.

Una de las revisiones históricas más completas sobre Elizabeth Báthory es la que hizo Aleksandra Bartosiewicz de la Universidad de Lodz, titulada *Elizabeth Báthory – a true story*. Ahí nos cuenta que los Báthory tenían la costumbre de casarse entre ellos, y que esta tradición endogámica los llevaba a engendrar

hijos con una serie de dificultades y desórdenes genéticos.

Elizabeth, que era hermosa e inteligente, sufría de ataques epilépticos desde antes de cumplir los diez años. Además, padecía de terribles migrañas y de violentos cambios de humor. Desde niña presenció y normalizó actos de violencia, como la ejecución de esclavos, y hasta presenció un castigo horrendo, que consistía en coserle el cuerpo a una gitana para unirlo con un caballo.

Al cumplir 10 años fue comprometida para casarse con Ferenc Nádsady, un noble cinco años mayor, pero antes tuvo un hijo ilegítimo, supuestamente de un campesino que fue acusado por violación y castrado como castigo. El bebé fue entregado a una mujer de confianza a la cual se le ordenó no volver mientras Elizabeth viviera.

Solo tres años después del matrimonio, Ferenc partió a la guerra, donde adoptó crueles costumbres. A su regreso, por ejemplo, se dice que ordenó que bañaran a una niña en miel para que la atacaran las abejas. Y le habría traspasado estas ideas sádicas a su joven esposa. Sin ir más lejos, le regaló un guante con garras, para que

pudiera castigar a sus sirvientes. Esto se sumó a que cuando su esposo no estaba, Elizabeth se reunía con hechiceras, brujas y alquimistas.

Las primeras torturas conocidas, perpetradas por Elizabeth, datan de 1585. De acuerdo con sus creencias, los gritos de los torturados calmaban sus migrañas. Se ensañó con las campesinas jóvenes que llegaban a trabajar como sirvientas al castillo, a quienes castigaba ante el más mínimo error. Por ejemplo, de acuerdo con la investigación de Bartosiewicz, le gustaba atormentar a sus criadas hiriéndolas con cuchillos bajo las uñas, o bañándolas con agua helada para luego hacerlas pasar la noche a la intemperie, mojadas.

En 1601 forjó amistad con una bruja llamada Anna Darvulia, a quien invitó a vivir al castillo. A partir de ese momento, sus sirvientas comenzaron a morir rápidamente, según la condesa, producto del cólera. Pero entre el clérigo se sembraba la duda, pues ¿cuántos funerales habían oficiado en un solo mes?

Tras la muerte de su marido en 1604, la condesa se volvió más sangrienta. Según los relatos populares, empezó a morder a sus víctimas o

a coser las bocas de sus costureras si los vestidos que confeccionaban no estaban a la altura. También se dice que no podía cenar si es que antes no había presenciado el brutal asesinato de alguna joven virgen.

En ese momento es cuando habría empezado a usar la sangre de mujeres para sus tratamientos de belleza. Todo comenzó luego de pegarle una cachetada a una sirvienta en un arranque de ira. Le habría caído sangre de la mujer en su mano, la que luego habría sentido más suave. Con el tiempo, habría notado que los fluidos de las personas menos agraciadas no le hacían bien a su cutis, por lo que comenzó a pedir sangre de vírgenes hermosas. Y no importaba si eran hijas de nobles o de campesinos.

Las quejas sobre las conductas sádicas de la condesa llegaron a los oídos del rey de Hungría, quien ordenó una investigación a cargo de un juez de apellido Thurzó. Se entrevistó a medio centenar de personas, quienes contaron la historia de las niñas torturadas o asesinadas y también historias de canibalismo.

Thurzó logró recopilar suficiente información como para dejar a la condesa encerrada en una

torre de por vida: encontraron 50 cuerpos en su terreno. Se concluyó que habría asesinado a 37 de las niñas y jóvenes, aunque muchos hablaron de cifras superiores a los 600. Finalmente fue declarada culpable de vampirismo, hechicería y la celebración de rituales paganos.

Si buscas información sobre Elizabeth Báthory, eso es lo que vas a encontrar. Que era bruja, hechicera y vampira. Pero hay autores que entregan otra versión, que creo que vale la pena revisar. Algo interesante a anotar, es que ninguno de estos autores escribió sus investigaciones en inglés. Para los anglosajones, la condesa era un monstruo. Para los historiadores húngaros, quizás la realidad fue otra.

Aseguran que su nacimiento no fue producto del incesto y que, de hecho, sus padres no eran parientes cercanos. Que nunca vio que cosieran una criada a un caballo. Que no tuvo un hijo antes de casarse, y que, si hubiera sido así, la habrían mandado a terminar sus días a un monasterio.

Dicen que es prácticamente imposible que se haya dedicado a desaparecer mujeres, y mucho

menos si pertenecían a la nobleza. Por un lado, la mano de obra escaseaba y ninguna ayuda sobraba en su fortaleza. Y, por otro lado, si cada vez que un noble enviaba a su hija al castillo esta desaparecía, ¿por qué lo iban a seguir haciendo?

Desmienten la relación de Elizabeth con ocultistas locales, destacando que fue madre de seis hijos a los que quiso profundamente. Que efectivamente fue acusada de los crímenes anteriormente descritos, pero que siempre abogó por su inocencia, incluso escribiéndole a Su Majestad pidiendo un nuevo juicio. Y, de acuerdo con los más estudiosos, a esos dedicados a la historia húngara, todo el proceso al que fue sometida Elizabeth habría sido parte de una conspiración política, conjurada por Thurzó con la ayuda de otros nobles locales.

¿Cuánta verdad hay en la historia de la condesa Elizabeth? Es difícil saberlo tantos años después, especialmente cuando su historia fue manchada con especulación, conspiraciones y leyendas.

Después de pasar noches leyendo sobre su vida, desde distintos puntos de vista, creo que es posible que fuera una condesa cruel, y que, como

muchas mujeres nobles de la época, no tenía problemas con ejercer violencia contra quienes consideraba inferiores. Pero tengo muchas dudas con respecto a las acusaciones de vampirismo y los baños rejuvenecedores de sangre.

Su historia puede ser distinta a la de Catalina de los Ríos y Lisperguer, pero en ambos casos hay, en primer lugar, una exageración de sus supuestos actos. Llevan hechos de violencia similares a los que realizaban hombres de su estirpe en las mismas épocas a situaciones totalmente limítrofes y sadistas.

Además, está la parte esotérica de sus historias, donde se explican sus actos con brujería y pactos con el diablo. Y, de cierta forma, más allá de cualquier leyenda en torno a estas señoras, de lo que sí podemos estar seguros es que se trató de dos mujeres que se impusieron contra las leyes de los hombres. Si bien fue desde su posición privilegiada y aristócrata, tomaron el control de sus destinos en sociedades en las que tal vez no estaba permitido, aunque fuese a través de la violencia.

A las mujeres nos criaron para ser siempre presas, nunca cazadoras. Por eso nos sorprende

tanto cuando vemos que una de nosotras es la autora de un crimen violento. Porque, aunque el homicidio de Diego Schmidt Hebbel el 4 de noviembre de 2008 en sí ya era una tragedia, lo que más nos sorprendió fue saber que la autora intelectual del crimen había sido una mujer llamada María del Pilar Pérez.

O que Johana Hernández convenció a su pareja, Francisco Silva, para matar y descuartizar a su expareja, el profesor Nibaldo Villegas.

Esta idea de que las mujeres criminales son una excepción está más bien basada en el mito, porque al final del día los antecedentes dan cuenta de lo contrario. Son menos que los hombres, sí, pero existen.

De acuerdo con un reportaje publicado por el diario *El País*, en junio de 2024, titulado *Radiografía a las mujeres de las cárceles chilenas: en prisión preventiva, delitos de drogas y una de cada cuatro, extranjeras*, Chile es el segundo país de América Latina con la mayor tasa de población penal femenina. Desde el 2020, la cifra ha aumentado en un 56 %, alcanzando 4.464 en mayo del 2024. Un 47,2 % de ellas, corresponde a mujeres en prisión preventiva. Tienen

en promedio 35 años, y más de la mitad está en estas condiciones por delitos relacionados con las drogas.

Algunas de ellas, desgraciadamente, no tuvieron otra opción. Quizás transportar droga o robar era la única salida que veían para alimentar a sus hijos. Ellas, aún de cierta forma se adecúan a la imagen de víctima con la que nos acomoda percibir a las mujeres.

Pero hay otras que lo hicieron por poder. Por dinero. Por sobrevivir o por acceder a lo que, según ellas, les correspondía. Y es cuando las miramos a ellas que la historia se vuelve un poco más compleja.

En las próximas páginas les voy a contar muchas historias. Algunas se tratan de brujas y sádicas. Sin duda, esas van a ser las más fáciles de digerir. Las más cómodas. Pero también les voy a hablar de mujeres que eligieron el crimen como una forma de salvarse a ellas mismas y a sus seres queridos. Les voy a contar historias de mujeres que terminaron en la cárcel y se dieron cuenta de que ahí lo único que podían ser era víctimas.

A algunas de estas mujeres, es probable, no las vamos a entender jamás. Pero quiero entrar en la historia de cada una de ellas, para que al menos lo intentemos juntos. Quizás incluso conociendo sus historias no podamos empatizar con sus acciones. Y quizás nos sorprendamos.